

# ¿Reconstruimos España?

VÍCTOR PÉREZ-DÍAZ

Se supone que elegimos, y pagamos, a los políticos para resolver nuestros problemas, no para crearlos. Los políticos del momento han organizado ahora en España un drama mayor, al intentar una reforma constitucional por la puerta falsa. Proponen un Estatuto con el término "nación" y juegan con la confusión entre un concepto político que denota un agente soberano y un concepto sociológico que se refiere a un sentimiento de identidad; pero ellos mismos deshacen la confusión con un texto cuyo articulado, largo y meticuloso, expresa una voluntad soberana. El blindaje de competencias y la financiación por un sistema de concierto ponen en cuestión el equilibrio entre los diferentes territorios del país, y no pueden decidirse como un asunto bilateral entre el poder central y el poder local en cuestión. El conjunto altera sustancialmente el espíritu y la letra de los acuerdos constitucionales sobre los que se basa la democracia española desde hace más de veinticinco años. Puede aceptarse sólo si hay un nuevo pacto constitucional.

Se entiende que los nacionalistas den un paso así, dados sus objetivos; pero que les animen a darlo quienes dependen del voto del resto de los españoles sugiere en éstos un sentido deficiente de la realidad. No es que nuestros gobernantes sean incomprensibles. Son fáciles de comprender. Entienden el poder en términos de reparto y, habiendo ganado unas elecciones, tienen la sensación de que llegó el momento de volver a repartir las cartas. Repartir el poder político es normal, pero ya no lo es imaginar que da patente de corso para repartir el poder económico. Esto es una corruptela a la que nos tiene mal acostumbrados la clase política de todos los colores, y ya que se habla de ansias infinitas de paz y benevolencia, no estaría de más añadir un ansia infinita de decencia en respetar las reglas de juego de las instituciones económicas. Tampoco es normal creer que ganar el poder permite cambios en las reglas del juego político. No debería olvidarse que alterar las instituciones aprovechando la relación de fuerzas es pésimo a largo plazo para un país, para su

funcionamiento y su reputación, y también, con frecuencia, para quienes lo intentan.

En este caso, estos políticos y sus aliados parecen creer que el mundo termina donde acaba el espacio de sus conciliábulos. Deberían tentarse la ropa y tener la sangre fría para ver que ellos están jugando en una mesa pero que la sala está atiborrada de público. Están ensimismados y no ven que hay otras quince Comunidades Autónomas (aparte de la vasca), con su orgullo y sus intereses propios. No ven que hay un país de españoles que se sienten españoles, probablemente un noventa por ciento del conjunto de la población; un detalle, sólo nueve décimas partes. Y acaban creyendo que a los españoles se les puede pastorear hacia los prados y

praderas de su versión de lo correcto. Pero no conviene ser tan ciego. Este país, el de verdad, es un poco más arisco. Y aún tiene sentimientos sobre la unidad y la integridad territorial de España, y sobre la Constitución de 1978 como expresión y garante de esa unidad, que ya van aflorando desde el fondo, lo seguirán haciendo, e irán a más. Todavía no ha sido anestesiado a estos efectos por un sistema educativo sin rumbo y un espacio público contaminado por demasiado ruido. Al público, de repente se le han encendido las alertas, y empieza a enviar el mensaje de que no quiere una reforma constitucional subrepticia, aprovechando el reparto de las cartas. No quiere un adelantamiento en una curva, que puede terminar en desastre para to-

dos. No quiere una salida negociada a empellones. No quiere ilusionados con la idea fija de resolver los problemas de España a su manera, que, mirando a las estrellas, se precipiten, y nos precipiten, en un pozo.

Si con las cosas de comer no se juega, para un partido político las cosas de comer son perder las elecciones y, peor aún, verse fuera del poder una generación. Esto puede convertirse en la pesadilla de un partido socialista que ve acortarse las distancias con su oponente, y cuyos propios votantes dan por supuesto que pagará un grave precio político por la deriva de los acontecimientos. Si, se comprende que le hubiera gustado sacar a su oponente del espacio político, empujarle a cometer una imprudencia y convertirle en chivo

expiatorio de todos los males del país. Pero no es por ahí por donde van las cosas. ¿Podrá nadar y guardar la ropa? Cuanto más tiempo pase, más oportunidades tiene el país de pararse a pensar y darse cuenta de la situación. No le convence un sistema por el que los nacionalistas catalanes y el segmento soberanista de los socialistas catalanes, al alimón, pretenden controlar Cataluña sin interferencia, y al tiempo ser la llave que decide quién gobierna en España. Es una asimetría indigerible por muchos españoles, y amañarla con frases de doble sentido no va a funcionar. Se quiere que lo que allí, en Barcelona, parezca enorme, aquí, en Madrid, parezca nimio. Es demasiado obvio.

¿Cabe forzar el ritmo y hacer los arreglos con premura mientras se arremete contra los adversarios? Cabe, pero el intento puede ser contraproducente. Forzar el ritmo es temerario cuando los sentimientos corren en la otra dirección y el público se está fijando ya en la letra pequeña. La rutina de descalificar al oponente y atribuirle intenciones nefastas se gasta por exceso de uso; une al partido y calienta su ánimo cuando se enfrenta a su rival, pero le sirve de poco para ganarse el electorado cuando éste le hace las preguntas difíciles. ¿Se podrá convertir a los españoles en perdices y marearles indefinidamente con palabras usadas como fórmulas mágicas o señuelos de caza? ¿Será eficaz la apelación a una España nación de naciones, confederal, plurinacional, multi-identitaria, supernovedosa, que medita en silencio la ausencia de su nombre y se funde en abrazos consigo misma? El empeño parece metafísico, cursi y un poco artero, porque mientras España desaparece como una nube en el cielo, las nuevas naciones y nacionalidades, arraigadas en la tierra, pretenden nutrirse con toda la energía cívica de sus miembros.

Hay algo muy razonable en querer reconstruir el país con los catalanes en el lugar de coprotagonismo que, como he repetido muchas veces, les corresponde y está proporcionado con su dinamismo y con su ejemplo; pero está claro que

Pasa a la **página siguiente**

MÁXIMO



## CARTAS

### AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas. No se devolverán los originales no solicitados, ni se dará información sobre ellos. Correo electrónico: [CartasDirector@elpais.es](mailto:CartasDirector@elpais.es). Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en: [www.elpais.es](http://www.elpais.es)

### ¿Que viene la gripe!

Todos los años, por estas fechas, se produce una avalancha importante de mensajes, desde todos los medios de comunicación, alertando sobre la gravedad de la gripe que se avecina.

Este año se utiliza como dis-

culpa la existencia de una epidemia de gripe aviario en Asia.

A pesar de que es muy improbable que ese virus tenga una mutación y pase a contagiarse a humanos, a pesar de que en ese caso ninguna de las vacunas o antivirales existentes serían eficaces, se crea una alarma injustificada en la población. Se crea en la población, mal informada, la tentación de comprar antivirales y vacunarse, aun sin pertenecer a grupos de riesgo.

En todos los medios aparece, en segundo plano, la información que facilita el Ministerio de Sanidad; en ella claramente se desaconseja la vacunación masiva y la utilización de antivirales de dudosa o nula eficacia.

Consecuencias: cada año, en los centros de salud, tenemos que luchar contra esa desinformación explicando a la población que sólo deben vacunarse las personas mayores de 60 años o con enfermedades que supongan un riesgo. Es muy difícil ir "contracorriente". Hay personas

que llegan a pensar que esta recomendación se hace para evitar un mayor gasto...

¿Qué fuerte es la industria farmacéutica!— **Jesús Martínez**, médico de Atención Primaria. Bustarviejo, Madrid.

### Bloqueo 'versus' embargo

Es asombrosa la ignorancia demostrada por los 22 ministros de Exteriores reunidos en la última cumbre iberoamericana. Llamar "bloqueo" al embargo comercial que Estados Unidos mantiene contra Cuba demuestra una total falta de conocimiento de los más básicos términos utilizados en la diplomacia y en los tratados internacionales: un bloqueo es un acto de guerra que impide la entrada y la salida de cualquier medio de transporte a un determinado país. Un embargo comercial es la simple y libre decisión que toma un país de no comerciar con otro.

¿Hasta cuándo se le permitirá

a la dictadura castrista justificar su estrepitoso fracaso económico achacándole todos los males a un bloqueo que no existe? ¿Acaso no comercia Cuba con la EU, con México, con Canadá y ahora con Venezuela, que le regala el petróleo? ¿Se puede llamar a Cuba un país bloqueado simplemente por que Estados Unidos, en pleno ejercicio de su soberanía, decide no comprarle ni venderle nada al criminal régimen?

De nuevo nos encontramos ante la servil actitud de Iberoamérica entera hacia la más feroz y duradera de las dictaduras latinoamericanas. Ante tanta mendacidad bien hubiese podido EL PAÍS utilizar las comillas en "bloqueo" para su titular del domingo 16 de octubre de 2005.— **Juan García de Oteyza**, México.

### Los nuevos emigrantes

Siempre quise escribir una carta a un periódico contando el caso de muchos españoles con alto ni-

vel educativo que tienen que emigrar a otros países por no encontrar puestos de trabajo adecuados a su formación. Ése es mi caso, el caso de otras tres personas más en mi familia y el de muchos amigos y conocidos míos.

A España se le escapa, como agua entre los dedos, toda una comunidad científica, jóvenes preparados que cuando acaban sus doctorados o *masters* (la gran mayoría, no todos) se ven obligados a emigrar al resto de Europa o a Estados Unidos, lugares en los que se apoya la investigación. Todos sabemos que el Gobierno inició un programa para hacer regresar a científicos destacados y a sus equipos. Con ese programa algunos regresaron a España, pero se encontraron con contratos basura y sueldos precarios... Con ese panorama lo único que queda hacer es regresar al país extranjero del que uno salió pensando que encontraría algo mejor, o igual, en su propio país.

Pasa a la **página siguiente**

# Ortega y el tecnonihilismo

JOSÉ LUIS MOLINUEVO

El mayor legado de Ortega al siglo XXI es el reto de vivir la vida en tiempo presente. Lamentaba que su generación, la de 1914, nunca tuvo juventud. Se encontró emparedada entre el XIX, en que la moda era parecer viejo cuanto antes, y el siglo XX, en que se perseguía la eterna juventud. Su generación, nos dice, nunca fue joven porque tuvo muy pronto que asumir responsabilidades en España y en Europa. Hoy día aparentemente estamos en la situación ideal: los viejos están más jóvenes que nunca y los jóvenes son más viejos que nunca. En los unos se perciben las alegrías chispeantes de la biotecnología, en los otros, la prudencia y el cálculo anticipados. De responsabilidades, nada. Vivimos la vida en tiempo real. No hay tiempo para ello.

Esta situación se denomina hoy tecnonihilismo. Es la herencia del nihilismo del siglo pasado en las sociedades tecnológicas del nuestro. No es ya un nihilismo hacia atrás sino hacia delante. Antes indicaba el colapso del pasado, ahora, el colapso del futuro. Desaparecido el muro de Berlín, alzado el muro de Israel, menguada la amenaza nuclear de la guerra fría, pasado el miedo a apagones informáticos y pequeños Apocalipsis como el del año 2000, ahora tenemos dos variantes más temibles: la amenaza terrorista y el futuro como desilusión. Ambos están unidos.

Las ideologías digitales provenientes de la posmodernidad y el *cyberpunk* coinciden en un punto con el nihilismo clásico, y es en la voluntad de poder como voluntad de lo inmaterial. El resultado es la disolución del sujeto en un futuro poshumano. El terrorismo es la ideología de la acción directa. Y esta ideología ya no se expende sólo en los centros tradicionales. Con motivo de los atenta-

dos en Londres de julio de 2005, se puso de relieve que algunos de los jóvenes islamistas habían recibido su educación más extrema, no en las mezquitas, fácilmente detectables, sino a través de la *web*.

La tarea del intelectual consiste, según Ortega, en tomarle el pulso a su tiempo. En EL PAÍS, sábado 23 de julio de 2005, se leían las declaraciones de Omar Bakri Mohamed, imán radical exiliado en Londres: "Propongo escuchar la voz de la conciencia, porque es la voz de Dios. No hay otra alternativa. Cuando un hombre se hace explotar hay que ir hasta las raíces de lo que ocurre en su cabeza y en su corazón, o no existirá ningún lugar seguro en la faz de la Tierra". Y Mario Vargas Llosa reflexionaba en *King's Cross* (EL PAÍS, domingo 24 de julio de 2005): "Contra gentes así es muy difícil defenderse. Cuando alguien está dispuesto a sacrificar su propia vida para poder matar, se convierte en un arma de destrucción atrozmente efectiva".

Es necesario intentar entender lo que le pasa por la cabeza al terrorista, pero también lo que les ha pasado por la cabeza a destacados intelectuales occidentales. Eliminado el sujeto, finalizada la historia, sin fe en el futuro, difícilmente se puede plantear una alternativa y menos aún una resistencia eficaz. Poco a poco el terrorismo va

ocupando su lugar en la "imaginación del desastre" (Susan Sontag). Para quienes amamos sobre todo la propia vida y las comodidades inherentes a ella, lo que no entendemos es que se inmolen y se les inmole en nombre de (éste sí) "El Gran Rechazo" (Marcuse). Lo que era una figura retórica se ha convertido en una idea peligrosa. Máxime cuando quienes la sustentan no son élites intelectuales, sino que se trata de gente corriente, de ciudadanos normales e incluso ejemplares. Llevaban, se nos dice, una doble vida, pero ¿quién no?

Ahora bien, todo esto no debe interpretarse como una crítica simplista al utopismo de las minorías selectas, sino más bien una amarga constatación de que todavía tiene mucho peso el nihilismo de minorías ineptas. Durante décadas se ha ejercido irresponsablemente por parte de algunos intelectuales un terrorismo de los valores en una sociedad que ya no cree en ellos, más allá de ocasionales manifestaciones edificantes. Se nos ha dicho que no seamos niños, que no miremos al dedo (imperfecto) que apunta, sino a la dirección (correcta) en que apunta. Pero quizá se trata ahora ciertamente no de mirar al dedo que apunta, sino de apuntar al dedo, para obligarle a cambiar de dirección.

En esta tarea puede echarnos una mano Ortega, que era

un gran cazador. Propongo actualizar su definición como "Nada posmoderno y muy siglo XXI". Como es sabido, Ortega era radicalmente alérgico al nihilismo. No es que lo criticara mucho, sino que, a diferencia de su generación, aparece poco en su obra. Volver a leerla a comienzos de este siglo significa abrir una ventana para que entre aire fresco en una atmósfera cargada. De ese modo respiramos de nuevo "el aroma ideal de las cosas". Profundizar en su sentimiento estético de la vida implica sentir una nostalgia irrepresentable, no de pasado, sino de futuro, en definitiva, de vida. Nos ha dejado una dirección: la vida como futuro. Y una tarea para nuestro siglo: la superación del idealismo (que es un nihilismo) tecnológico, en una apuesta decidida por las nuevas tecnologías. Porque el destino de nuestro tiempo es, a pesar de todo, vivir la vida en tiempo real.

Esta fidelidad a nuestro tiempo es el imperativo vital por excelencia de Ortega; es la voluntad, como decía su admirado Schiller, de ser ciudadano de nuestra época. Más que nunca es hoy necesaria una nueva *Meditación de Europa*. En los años cincuenta, en momentos críticos de postración, consecuencia de una terrible guerra, Ortega fue requerido para que insuflara a los europeos confianza en sí mismos y en su propia cul-

tura, en la capacidad de decidir su propio destino. Nada tiene esto que ver con las distopías tecnológicas del siglo pasado, que ahora se nos desvelan como profundamente reaccionarias en sus propuestas. Esa impotencia de cara al futuro, el determinismo de las tecnologías, la desaparición de los espacios públicos, la imposibilidad del ciudadano, y el refugio en la comunidad tribal, no dejan de ser signos de descomposición que propician, a su vez, la aparición de fórmulas totalitarias. Porque no se trata sólo de la pérdida de ideales, sino de convertir la pérdida en un ideal.

Frente a esta "imaginación del desastre" se alza de nuevo el emblema orteguiano de El Arquero, símbolo de la vida ascendente, exigente, excelente. Un Ortega "para naufragos" nos recuerda que somos tiempo, un tiempo presente proyectado hacia el futuro. El ser humano es futurición: existe anticipando el futuro en el presente. Se construye a sí mismo en el presente mediante la decisión. El futuro es el proyecto del presente, y permite que el presente tenga un futuro. El ser humano tiene así el control de su propia vida. Hoy día, la noción de tiempo real, de relación y reacción inmediata entre usuarios, hace que la palabra proyecto no sea tanto la forma como el presente va hacia el futuro, sino como éste está ya en el presente. Ahora bien, lo que interesa es un futuro que sea una promesa de presente, no su negación, prolongando de manera unilateral lo negativo de éste. Porque, aunque parezca mentira, padecemos un déficit de presente y un exceso de novedad en las tecnologías. Y ahí es donde nos espera Ortega, en este (medio) centenario.

José Luis Molinuevo es catedrático de la Universidad de Salamanca.

Viene de la **página anterior** desde arriba no saben hacerlo porque cuando no se demoran se precipitan, y distorsionan los problemas. Una larga conversación sobre la España plural y diversa no es un debate dominado por los líderes políticos y los agentes mediáticos con la urgencia de ganar la mano en la partida de turno, ni el de unos intelectuales haciendo florilegios. Así nunca se ha construido un país, y menos éste. Desgraciadamente, el tiempo ha demostrado que una parte de nuestras élites políticas y culturales es demasiado localista y está obsesa por el corto plazo, empeñada

## ¿Reconstruimos España?

en ver los conflictos como juegos de suma cero en los que si uno gana es porque el otro pierde, y demasiado enconada para tener magnanimidad y paciencia, unos con otros. Se tratan mal. Quizá es que aman a sus adversarios como a sí mismos, y porque a sí mismos se aman poco, odian mucho. Transmiten estos sentimientos a la ciudadanía, amplifican sus desconfianzas y ofuscan su juicio. Ven la

paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio.

Para evitar males mayores, los ciudadanos de a pie podemos hacer dos cosas, una con los políticos y otra entre nosotros. A los políticos, hay que enviarles el mensaje rotundo, alto y claro de que no queremos que se rompa el país, ni la trama de sus intereses ni la de sus sentimientos, y recordarles que no somos sus súbditos sino sus iguales y que les podemos echar y les echaremos de sus cargos si se empeñan. Esto lo entienden; y quizá algunos se vuelvan más prudentes, y se impliquen en un proceso de convergencia de ex-

pectativas hacia una solución minimalista.

Entre nosotros, hay que hacerse a la idea de que la España que queremos tener, si queremos alguna, la haremos en la economía, la sociedad, la vida cotidiana y las conversaciones entre millones de voces, multiplicando los tratos y los encuentros. No estará de más que en éstos nos dejemos guiar por la razón y nos hagamos muchas preguntas con un poco de calma. (Por ejemplo: ¿hasta qué punto nos hace falta tener un Estado español operativo en los tiempos que corren?, ¿nos interesa impulsar la desmembra-

ción interna de la Unión Europea con la primera fragmentación de uno de sus Estados miembros? ¿Cómo podemos convertir nuestra diversidad en motivo de estímulo para todos, y no de inquietud?) Estas cosas llevarán su tiempo, pero no tenemos alternativa. No hay atajos para ese camino. A lo mejor, al final, descubrimos que no tenemos que cambiar mucho nuestras instituciones; y en cambio sí tenemos que cambiar, y mucho, la forma de usarlas.

Víctor Pérez-Díaz es catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

## CARTAS

### AL DIRECTOR

Viene de la **página anterior** Aunque en mi caso yo no trabajo en investigación sino que estoy dedicada a las finanzas, me ha tocado hacer lo mismo, dejar España, país al que no quiero regresar por saber que jamás será reconocido mi trabajo allí, porque a lo único que podría optar sería a un contrato basura y a un sueldo de 600-800 euros al mes en un país con precios europeos, difícil acceso a la vivienda (a menos que tus padres te ayuden y tengas pareja) y una tasa de paro de las más altas de Europa. Me da

pena, cuando me preguntan si quiero volver, tener que decir que no.— Eva María Herrero.

### Cachemira

Cachemira está ocupada por tres potencias nucleares. Además, recordemos que la Cachemira en la que se ha producido el terremoto está bajo control de un país dictatorial. Una dictadura que, como tal, sigue una política de desinformación y manipulación.

La Cachemira paquistaní es una región aislada y mal conocida por el mundo occidental. Sus carreteras son estrechas, tortuosas y están en pésimo estado. Allí, las distancias siempre han sido eternas.

Estas características explican que 1) la ayuda no esté llegando a poblaciones remotas (para que quede bien claro, esto significa que hay miles de "supervivientes" muriéndose de frío y de hambre); 2) que las imágenes de Cachemira en los medios se limiten prácticamente a grandes poblaciones como Muzaffarabad, Balakot y Rawlakot; y 3) que no aparezcan en los medios voces críticas (desde Cachemira) contra el Gobierno paquistaní (y a este respecto, ¿por qué nadie entrevista a los refugiados políticos cachemiros en Europa?, ¿a esas personas que hoy pueden hablar en libertad a cambio de no volver a su país, ni siquiera para enterrar a sus muertos o consolar a sus vivos?, ¿a esos refugiados

que, a pesar de la distancia, saben bien lo que está pasando en su país y constituyen valiosísimas fuentes de información?).

Dadas estas circunstancias, ¿qué garantías tenemos de que la ayuda llegue finalmente a todos los damnificados? ¿De que no va a servir de propaganda política a Musharraf? ¿De que nadie va a aprovechar la ocasión para enriquecerse?— Sabela Moreno Pereira. Bruselas, Bélgica.

### El Nobel de Harold Pinter

Permítanos advertir a los lectores de EL PAÍS de que en los próximos días y en este medio aparece-

rán uno o varios artículos acusando al jurado del Nobel de haber concedido este premio a Harold Pinter no por su obra, sino por haber firmado un documento cuestionando la autoridad moral de Estados Unidos para condenar a Cuba en la Comisión de Derechos Humanos de Ginebra. Al menos esto fue lo que ocurrió cuando, en este periódico, se acusó al jurado del Rómulo Gallegos de haber concedido el premio a la novela *El vano ayer*, de Isaac Rosa, por haber firmado su autor ese documento. Permítanos, en fin, recordar el apoyo de Harold Pinter, misteriosamente silenciado por su periódico, a las revoluciones de Cuba y Venezuela.— Alfonso Sastre y 34 firmas más. Hondarribia, Gipuzkoa.